



REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS
DE LA LENGUA ESPAÑOLA

CRÓNICA DE LA LENGUA ESPAÑOLA 2022-2023



Biblioteca
Raúl Vallejo



Academia Ecuatoriana de la Lengua

Una meditación acerca de la poesía a partir de textos poéticos de diferentes autores, de distintas épocas y de tradiciones literarias disímiles. Este ensayo reflexiona sobre el carácter íntimo y solitario de la escritura de poesía y el temor que genera su lectura, en la medida en que la poesía es un encuentro con la desnudez del espíritu. Asimismo, este artículo aporta luz sobre las características del lenguaje poético y de cómo la lectura de poesía va a contramano de un mundo hostil al silencio íntimo del ser humano. El autor concluye que la poesía es esa utopía que no ofrece nada más que la contemplación del ser humano en el espejo de su propia finitud.

Siempre me ha parecido una situación poco poética aquello de tener que escribir acerca de la poesía, más aún cuando se trata de articular algo coherente para conmemorar un evento tan primaveral y festivo como el Día Mundial de la Poesía, que fuera establecido en 1999 por la UNESCO para el 21 de marzo. Quiero decir, esto de encontrar definiciones más o menos aceptables para ustedes —lectores inteligentes que toman la poesía en su insondable y estremecedora belleza— es, de antemano, una tarea que supera las fuerzas de quien la emprende. Jorge Dávila Vázquez apela a la tradición bíblica para encontrar la simiente de la poesía que vendrá:

Ella es

tan antigua como Dios: el primer poema

fue la luz,

salida de la nada, por Su Palabra¹.

La poesía es un quehacer que esencialmente rehúye las definiciones, un trabajo estético que escapa a los encapsulamientos en frases para ser subrayadas o reproducidas en un exergo. Los conceptos con los que podríamos definirla radican en la escritura misma de poesía y, por tanto, en las infinitas posibilidades de cada poeta. En estos casos, urgido por lo indefinible, prefiero cantar como Alejandra Pizarnik:

el centro

de un poema

es otro poema

el centro del centro

es la ausencia

en el centro de la ausencia

mi sombra es el centro

del centro del poema².

1. Dávila Vázquez, J.: «Memoria de la poesía», en J. Dávila Vázquez, *Memoria de la poesía y otros textos*. Cuenca: Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, núcleo del Azuay, 1999, p. 33.
2. Pizarnik, A.: «Los pequeños cantos, III», de *Los pequeños cantos* (1971), en *Poesía completa*. Ed. de A. Becció. Barcelona: Lumen, 2001, p. 381.

La famosa rima XXI de Gustavo Adolfo Bécquer —que tan buen resultado ha dado a los enamorados que aún estiman el valor de la palabra— sitúa la belleza en el objeto poético, según la mirada romántica: «¡Qué es poesía! ¿Y tú me lo preguntas? / Poesía... eres tú»³. Un siglo después, Gabriela Mistral, heredera de simbolistas y modernistas, también traslada esa belleza del mundo a la palabra del poema y sus múltiples posibilidades para hablar al espíritu del ser humano:

¡Os amo, os amo, bocas de los poetas idos,
que deshechas en polvo me seguís consolando,
y que al llegar la noche estáis conmigo hablando,
junto a la dulce lámpara, con dulzor de gemidos!»⁴.

Con el traslado de la belleza poética del objeto que la inspira a la palabra del poema, según nos enseñaron Baudelaire y Darío, es esta la que embellece dicho objeto más allá de la condición real de aquel porque, si para el espíritu humano fuera suficiente la emoción provocada por la belleza intrínseca de dicho objeto, entonces ya no tendría sentido la palabra poética que lo asume. Heredero de la tradición del romanticismo de Bécquer, Juan Ramón Jiménez indaga la esencia misma de la belleza anclada en el espíritu del objeto, cuyo camino propio debe llevar a la desnudez de la poesía, con este díptico de 1918: «¡No le toques ya más / que así es la rosa!»⁵. Y, sin embargo, Ida Vitale evoca el peso de la palabra poética que ya ha sido dicha y la necesidad de reinventar la expresión poética en sí misma:

Tanto haría falta la inocencia total,
como en la rosa,
que viene con su olor, sus destellos,
sus dormidos rocíos repetidos,
del centro de jardines vueltos polvo
y de nuevo innumerablemente levantados⁶.

La poesía requiere de un espacio de silencio, una mirada hacia adentro y un proceso de reelaboración del lenguaje. Y ese silencio es, a su vez, una confrontación con el abismo no solo del alma humana, en general, sino, en par-

3. Bécquer, G. A.: «Rima XXI», en *Rimas. Leyendas. Carta desde mi celda*. Barcelona: RBA Editores, 1999, p. 13.

4. Mistral, G.: «Mis libros», de *Desolación* [1922], en *Poesías completas*. Estudio preliminar y referencias cronológicas de J. Quezada. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 2001, p. 57.

5. Jiménez, J. R.: «El poema. 1», de *Piedra y cielo* [1917-1918], en *Segunda antología poética. 1898-1918*. Madrid: Espasa-Calpe, 1981, p. 252.

6. Vitale, I.: «Canon», de *Palabra dada* (1953), en *Poesía reunida*. Ed. de A. Major. Montevideo: Tusquet Editores, 2017, p. 443.

ticular, del alma propia: es una confrontación que nos envuelve y nos arroja desnudos hacia la desnudez del espíritu. Recuerdo la honda resonancia frente al abismo sin ropaje del espíritu humano que emerge desgarrada del soneto de Miguel Hernández, «Umbrío por la pena, casi bruno», cuyos primer cuarteto y segundo terceto dicen:

Umbrío por la pena, casi bruno,
porque la pena tizna cuando estalla,
donde yo no me hallo no se halla
hombre más apenado que ninguno.

[...]

No podrá con la pena mi persona
rodeada de penas y de cardos:

¡cuánto penar para morirse uno!?

Tal vez por eso la gente tiene un inconfesable temor a la lectura de poesía: nadie desea esa tremenda, temible, terrible confrontación consigo mismo, porque aquello nos convierte en huérfanos y en transeúntes: así, todas nuestras seguridades quedan en entredicho. Además, la poesía implica la elaboración de un lenguaje cuyo objetivo es la ruptura de la convención comunicacional. El lenguaje de la poesía, atravesado por la metáfora y la metonimia, no sirve para la transmisión de mensajes directos; eso es una tarea del periodismo. El lenguaje poético permite nominar, dar sentido, crear el mundo desde la realidad del propio lenguaje. En esos afanes, Yuliana Ortiz Ruano busca la manera de llegar al territorio de origen en su palabra poética:

¿Cómo nombrar lo nunca antes visto?

¿La obsesión del decir de dónde viene?

[...]

Nombrar es hacerse isla:

Limones es la repetición infinita del exceso

[...]

Tal vez la urgencia del arribo
extienda mi lenguaje.

[...]

Tal vez la necesidad de la llegada
desconfigure mi lenguaje⁸.

7. Hernández, M.: «Umbrío por la pena, casi bruno», de *El rayo que no cesa* (1934-1935), en *Poesía esencial*. Madrid: Alianza Editorial, 2010, p. 47.

8. Ortiz Ruano, Y.: *Cuaderno del imposible retorno a Pangea*. Valparaíso: Ediciones Libro del Cardo, 2021, pp. 19, 21, 26, y 29.

Así, el lenguaje poético es, en un sentido general, la explosión de una imagen que sugiere significados que transgreden las definiciones de diccionario; el florecimiento de una palabra que lleva en sí, agazapados, sentidos múltiples y nuevos; la revelación que emana del espíritu del lector en orgiástica simultaneidad con la omnipresencia de la voz poética. La poesía es la escritura que intensifica el sentido de la experiencia vital, según Aleyda Quevedo:

Versos de versos de versos,
bandadas de voces. Pájaros
de todos los tiempos.
Imágenes de imágenes de imágenes.
Piedras y los mismos misterios
a los que me declaro fiel⁹.

De ahí que los medios de comunicación, y particularmente la televisión, sean reacios a hablar de la poesía. Su negocio se asienta sobre la corrupción del lenguaje y la exaltación de lo banal, sobre esa capacidad para entregarle a cada protagonista, escogido de manera aleatoria, su cuarto de hora de fama, sobre esa habilidad para reproducirse y repetirse a sí mismos creando mundos para la chismografía sobre los famosillos locales. Y, por supuesto, como la poesía implica la construcción permanente de un lenguaje metafórico y, al mismo tiempo, la poesía no es un espectáculo mediático, sino una manera íntima de acercarse al espíritu a través de la palabra, la poesía no tiene cabida en la propuesta de felicidad con la que la dictadura mediática ha obnubilado a la humanidad. En todo caso, Sonia Manzano me ayuda a quitarle solemnidad a estas reflexiones, cuando plantea que al poeta no hay que llevarlo a las mesas redondas:

No le pregunten
para qué sirve la poesía
por qué y para quién escribe,
quién lo lee, quién medio lo lee
y quién no lo lee nunca,
cualquier respuesta que él dé
será para escabullirse
por debajo de las velludas piernas
de los connotativos,
aparenciales,
estructurales,
denotativos
idiotas circunstanciales¹⁰.

9. Quevedo Rojas, A.: *Jardín de dagas*. Ciudad de México: Editorial Praxis, 2013, p. 14.

10. Manzano, S.: «El poeta no debe ir a las mesas redondas», de *El ave que todo lo atropella* [1980], en *El ave que todo lo atropella. Antología poética*. Quito: Centro de Publicaciones PUCE, 2018, p. 90.

Finalmente, es bueno entender que la poesía es una fiesta, y cada fiesta tiene su propia música. La seriedad para trabajar la poesía tiene que ver con la manera cómo uno asume la escritura, no solo del poema sino de todo tipo de texto estético. En la escritura hay que buscar, como decía el cubanísimo Lezama Lima, *la dificultad*: «Solo lo difícil es estimulante; solo la resistencia que nos reta es capaz de enarcar, suscitar y mantener nuestra potencia de conocimiento...»¹¹. Con ello no quiero plantear que hay que volverse críptico: me parece que se trata de buscar esa forma poética en la que lo contextual sea olvidado por quien se acerca al texto y en su lugar permanezca solo el hálito de la palabra poética. Más allá de la arqueología, Jorgenrique Adoum transforma a dos esqueletos abrazados, con diez mil años de historia encima, en símbolo de la permanencia del amor a través del tiempo —como en el famoso soneto de Quevedo¹²—:

la primera pareja como dos palabras juntas

como un breve vacío donde estuvo un día el guion varonil

(hembra la conjunción copulativa),

anudados hasta hoy, amor fosilizado, estatua viva encajonada.

mientras nosotros, *voyeurs* del siglo XX, viejos a cualquier edad, con nuestro muerto amor a cuestas,

removiendo tablones, telas de nilón, piedras que las sostienen,

y acostándonos junto a ellos para atisbar la inmodesta y duradera amarra que no acaba jamás en estallido,

nos hundimos el corazón para que no se avergüence

frente a ese amor que existe todavía

en estos esqueletos de anteayer en los que yace

igual que la ternura que cayó de la caricia al hueso¹³.

Más que ninguna otra, la lectura de poesía requiere de un momento especial. Si el poeta se ha mirado para adentro, el lector debe hacer lo mismo: olvidarse del mundo que lo rodea, concentrarse en la repercusión del lenguaje, saborear la profundidad de la imagen, asumir la metáfora como la realidad de la palabra. Buscar la manera de decir lo ya dicho, de hacer de la página en blanco una realidad de afectos, una cascada de sentidos que conmuevan a quien espera la palabra poética para que invada ese indecible vacío en el

11. Lezama Lima, J.: *La expresión americana*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2017, p. 57.

12. Me refiero al soneto «Amor constante más allá de la muerte», cuyo primer cuarteto dice: «Cerrar podrá mis ojos la postrera / sombra que me llevare el blanco día, / y podrá desatar esta alma mía, / hora a su afán ansioso lisonjera;», en Francisco de Quevedo: *Antología poética*. Barcelona: RBA Editores, 1999, p. 112.

13. Adoum, J.: «El amor desenterrado», en *Claudicación intermitente. Antología*. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León y Alforja Arte y Literatura, 2008, p. 77.

alma que solo la poesía llena con la resonancia de su belleza conmovedora, tremenda y de vértigo, como en estos versos de Luz Mary Giraldo:

Se levantan las palabras del fondo del cuaderno
y llegan a la página en blanco
con su letra viva
para decir:
¿existe, acaso, una habitación sin el dios del amor?

Dios traduce su silencio
mientras escucho la canción de un pájaro solitario
que ruega para no morir¹⁴.

La lectura de poesía es lenta e íntima y se encuentra a contracorriente de un mundo que todo lo devora con el omnipresente ruido del mercado y la predecible uniformidad a la que nos somete el algoritmo de las redes sociales. La poesía es esa utopía que no ofrece nada más que la contemplación del ser humano en el espejo de su propia finitud.

14. Giraldo, L. M.: «Página en blanco», en *De artes y oficios*. Bogotá: Taller de Edición Rocca, 2015, p. 36.